

EL MUNDO

Domingo, 10 de octubre de 2004. Año XV. Número: 5.419.

MUNDO

RADIOGRAFIA DE MARRUECOS (I) / EL PODER POLITICO Y ECONOMICO

Del Reino Feliz a la finca de Sidna

ALI LMRABET

Hace algunos años, un conocido abogado de Rabat, pidió a un agente judicial que notificase por escrito a una empresa a la que había ganado un pleito que le pagara lo que el tribunal había decidido. Cuando el agente se presentó ante el responsable de dicha empresa con el debido orden judicial, este último se rió y le espetó : «¿ Quién te crees tu para pedir reparación a Sidna ?».

En efecto, la empresa deudora formaba parte de un entramado de empresas que pertenecen a Sidna, nombre que dan los marroquíes al rey y que significa literalmente «Nuestro Señor».

El asustado agente judicial volvió a su despacho, telefoneó al abogado para informarle que no quería seguir con el asunto y nunca más se habló del tema.

Esta anécdota es una de las miles que podrían ayudar a explicar una parte de la realidad del Marruecos de hoy. Un Marruecos que algunos estados occidentales intentan vender como una democracia en construcción.

Pregunten a los marroquíes lo que significa para ellos Marruecos. Una parte importante responderá, siempre que lo haga discretamente, que el reino feliz, denominación dada por la monarquía alauí a sus feudos, no es mas que la finca de Sidna y que los súbditos que sobreviven allí son gallinitas que intentan picotear lo que les deja el amo. Esto es una metáfora, pero es también, casi, la realidad de un país que esta situado geográficamente a 12 kilómetros de Europa.

En su última entrevista a Paris Match, el mas representativo de los semanarios rosa franceses y publicación preferida en el Palacio Real, el monarca alauí hizo una declaración que exasperó a los pocos marroquíes que leen esta revista de cotilleos. Anunciaba que dejaba su inmensa mansión de Salé, grande como cuatro urbanizaciones para trasladarse al nuevo palacio que se hizo construir en los alrededores de Rabat. Y justificó esta mudanza explicando que tras el nacimiento del heredero las dependencias del palacio quedaban «pequeñas».

Además de la residencia real de Salé y del nuevo palacio construido, el rey ya posee, en plena ciudad de Rabat, el aparatoso castillo donde vivía Hasan II. Difícil esconderlo. Ningún sultán marroquí llegó a poseer tres palacios en una misma capital. En Marruecos, teóricamente, los palacios pertenecen al Estado desde que Hasan II hizo el negocio de su vida cuando decidió venderlos a las arcas públicas. El difunto Rey no lo hizo en un acceso de humildad, sino que quería únicamente que el pobre Estado pagara el carísimo coste de mantenimiento de los reales sitios, muchos de los cuales nunca visitó. El astuto Hasan II vendió los palacios, se embolsó el dinero, y continuó utilizándolos sin que nadie pudiera protestar. Existe una expresión local para explicar esta situación: vender el mono y reírse de quien lo compra.

Es por eso que cuando Mohamed VI llegó al trono, se dio la sensación, o más bien se hizo llegar al pueblo, que las cosas iban a cambiar. El hijo de Hasan II se autoproclamó «rey de los pobres», distribuyó algunas mediáticas tazas de harira, la sopa nacional, a algunos pobres seleccionados para la ocasión, y de vez en cuando se mostró generoso repartiendo «su dinero personal», como insisten los locutores de los telediarios, a los desventurados. También prometió, igual que su padre, democracia, bienestar y un futuro mejor.

Los numerosos partidos políticos marroquíes tenían y siguen teniendo suficiente baza para lanzar una seria advertencia al rey. Pero no es el caso. No porque la Carta Magna diga que Sidna es «sagrado», es decir que es un dios para los mortales que tienen la suerte de vivir en su reino, sino porque Hassan II legó a su hijo una herencia inestimable para un autócrata : un vacío político alrededor de palacio.

Hasan II dejó al país dirigentes políticos oportunistas, corruptos o solamente muertos de miedo por perder su situación y sus privilegios. Los partidos de la derecha, llamados «partidos de la administración» por haber sido casi todos fundados por el Estado, siguen al pie de la letra las instrucciones del régimen. Sus siglas evocan intenciones honorables y esperanzadoras para un país del Tercer Mundo: RNI, (Agrupación Nacional de los Independientes, pero que tiene de independiente únicamente el nombre); PND (Partido Nacional Democrático, que es realmente democrático cuando se trata de distribuir dinero, gaseosas y otros miserables sobornos durante las elecciones); MP (Movimiento Popular, eso sí, en engañar a los que han votado por él); etc..

Hay partidos «liberales» cuyos jefes son incapaces de explicar a sus tropas lo que significa el liberalismo y partidos rurales que se pretenden berberistas, es decir defensores de su lengua y cultura, que nunca han introducido en el Parlamento una propuesta de ley para reconocer oficialmente la lengua ancestral de los suyos. Cuando la televisión pública retransmite los debates del Parlamento, los marroquíes no cuentan los diputados que se han dormido sobre los banquillos, sino los despiertos porque son los menos numerosos. Y cuando

se muere en su puesto el secretario general de un partido importante, como por ejemplo el nacionalista Partido del Istiqlal en 1974, no es el rey quien envía sus condolencias a la cúpula del partido sino que son los miembros del buró ejecutivo quienes van a dar el pésame al jefe del Estado. Como si el muerto fuera un familiar o un asalariado del trono. En realidad, esta sorprendente ceremonia de condolencias sirve al Oráculo real para designar, con la mirada, el sustituto, deseándole suerte para dirigir el partido.

En la izquierda, el gran partido socialista fundado por Mehdi Ben Barka, la USFP (Unión Socialista de la Fuerzas Populares), ayer punta de lanza de la contestación a Hassan II durante los años de plomo, se ha transformado en una fuerza de apoyo del Majzén. Después de tantas escisiones y expulsiones, cuando se evoca esta formación se la califica jocosamente de «lo que queda de la USFP». En cuanto a los comunistas del PPS (Partido del Progreso y del Socialismo), es el único partido comunista del planeta que se proclama monárquico. Sus dirigentes, que juran por Marx, Alá y el sultán, abogan públicamente por una monarquía ejecutiva. Durante las habituales ceremonias de pleitesía, esta rarísima fauna marxisto-monárquica es, con el género militar, la que sabe mejor prosternarse y besar con efusión la mano del rey. Su líder, Ismaïl Alaoui, no tiene reparo en reconocer que el monarca le ofreció dos fincas agrícolas en la más fértil región del país.

No cabe pues la menor duda que, desde su tumba, Hasan II debe contemplar con infinita satisfacción su obra. Un país que va a seguir para mucho tiempo aun sirviendo de inmensa despensa a Palacio y una clase política que existe exclusivamente para servir a Sidna y servirse después. Mientras, sube el islamismo.

© Mundinteractivos, S.A.